

**CUENTO N° 13**

**TÍTULO: LA NINA**

**SEUDÓNIMO: PALUCHI**

**AUTORA: PAULINA SILVA MANDAKOVIC**

## La Nina

Mi abuela materna Drina, para todos “La Nina” era un ser de aquellos difíciles de olvidar, su historia de vida, y su asombrosa belleza hacían sucumbir a primera vista a quién la conociera.

Analizando su carácter y su temperamento se puede decir que era un verdadero y exquisito collage: impredecible, creativa, versátil, algunos días exultante otros sombría. Tenía un genio algo ligero, la cautela por lo tanto debía ser mi compañera obligada, no obstante su vivacidad, y el fácil e increíble camuflaje de su alma para convertirse en niña compartiendo juegos y tretas.

Para mí fue el pozo inagotable de amor y sabiduría. Me marcó su espléndida diversificación de afanes y su capacidad heroica para ocultar incurables penas.

Mi abuelo y ella llegaron en un barco a Chile desde el Puerto de Split, actual Croacia, huyendo del Imperio Austro-Húngaro de Francisco José. A mi abuelo lo sorprendió una patrulla del ejército rayando muros en contra del régimen; era la cárcel o fugarse, y así de un día para otro convenció a mi abuela que era menor de edad en ese entonces, abandonar Yugoslavia viajando de polizontes hacia América sin documentos de ningún tipo. Mi abuelo llegó de 18 años y nunca aprendió el idioma, para nosotros era un espectáculo escucharlos hablar en esa lengua tan extraña.

En las tardes de invierno, con un acento divertido y a veces inentendible, mi abuela nos contaba cuentos e historias maravillosas de seres encantados que me transportaban a mundos desconocidos. Nunca repitió el mismo relato, como tampoco nunca en el transcurso de ellos, la nobleza y la justicia fueron burladas por la mentira o la maldad. Tenía vocación de fabulista. Evitaba así, sermones y

cantinelas, dejándonos deducir en solitario, las subliminales moralejas de sus imaginados cuentos.

Era una católica intensa. Su convicción y devoción eran insondables. Las creencias férreas e intransables nos las transmitía con pasión, a veces con una vehemencia casi mística. Tenía santos favoritos, cuyas vidas conocíamos de memoria. Ellos eran invocados con diferentes oraciones, de acuerdo a los motivos que el momento ameritaba, pero era la Virgen María a quién tributaba su absoluta devoción “La Madre de Dios” sentenciaba.

Aquellos fragantes pancitos de la hora del té, los picarones dorados en el invierno, los incontables frascos de mermeladas, los rincones de la casa iluminados por floreros desbordantes de especies multicolores; el veloz crochet atravesando inclemente, pitas, hilos o lanas, para dar vida a rumas de carpetas, bolsas, pañitos o cuellos, todo, fruto de sus manos incansablemente inquietas y laboriosas.

De mi abuelo guardo un recuerdo algo trasnochado. Recluido en su escritorio, atiborrado de libros y papeles, transcurrían los días que ocasionalmente pasaba en el campo, era más bien parco. En los breves y disciplinados encuentros con la familia, yo atisbaba al abuelo, y solía descubrir en sus profundos ojos azules, una mirada cálida y admirativa, descansando gozosa en la figura señorial de mi abuela. En esos instantes yo sentía un hormigueo de alegría por todo el cuerpo y la sensación única de complicidad, de saber que él, al igual que yo, amaba a la abuela por sobre todas las cosas del mundo. Fue siempre éste mi más íntimo secreto infantil.

Era yo la menor de sus nietos, y a su vez, la hija menor de la menor de sus hijas. El último brote de su florido árbol. Sentía por mi abuela una atracción desmesurada y siempre he creído que era ésta una sensación mutua, a pesar que jamás dejó entrever preferencias. Aun así, hasta hoy pienso que entre nosotras existió una corriente inexplicable, que no se daba con sus otros nietos. Es así como a veces, siento que me observa desde algún lugar donde las almas retornan hacia sus pasados.

Era yo casi una adolescente, cuando escuché a mi abuela conversar sola, en su lengua nativa en un rincón del jardín. Hablaba serena, con pausas como si escuchara la réplica de algún interlocutor oculto. Callé respetuosa, por ese desahogo que presumí necesario para ella.

Muy luego sin embargo, sus conversaciones incoherentes las llevó a todos los lugares de la casa. Las señales comenzaron a ser evidentes. Muy avanzada en sus delirios, peligrosamente despegada del mundo, la familia decidió internarla en una casa de reposo, así tendría los cuidados y el personal médico idóneo.

Mi tío Gonzalo, su hijo mayor, había muerto hacía 20 años. Un vasto cordel del granero, sirvió para que en ese mismo escenario, decidiera terminar con su vida. Muchas versiones circularon sobre los motivos que empujaron a mi tío a tal acción; la verdad, presumiblemente escrita en una nota dirigida a sus padres, sólo la conocieron ellos. Los abuelos guardaron lúgubre silencio y una ominosa atmósfera rodeó el críptico suicidio.

Más adelante, una sucesiva e implacable cadena de calamidades empezó a cercar la familia, la fuga de la tía Isabel, tras un bello y descocado bohemio de la época; la catástrofe financiera del tío Emiliano, alucinado por los juegos bursátiles; la separación de mis padres con ribetes de escándalo y finalmente el abuelo coronó esta racha de fatalidad muriendo de un fulminante ataque al corazón.

No recuerdo a mi abuela llorosa ni desesperada. Su actitud era la de una serena resignación. Tal vez ese bloqueo interno que se impuso para maquillar una apariencia consolada y de paz, encapsuló al germen de impotencia y dolor que provocó su posterior deterioro mental.

Hasta ahora no lo sé, pero súbitamente en un raptó de maravillosa lucidez, pidió reunirse con todos nosotros. ¿Cómo llegó a su turbada mente esta determinación que la alejaría de su hogar y de todos aquellos a quienes amaba? Quizás fue su corazón que la alertó. Nos congregamos puntuales y expectantes. Entró solemne y teatral al comedor. Lucía una vestimenta anacrónica y estrafalaria, mezcla de reina y de maga. Avanzó altiva enfundada en un largo y ostentoso traje de raso blanco, con tules azules que flotaban desordenados alrededor de sus caderas. En su bella cabeza encanecida se balanceaba un cónico y morado sombrero de sibila en el que resplandecían revueltos y dorados soles, estrellas y lunas de papel, configurando un alborotado cosmos. Sus manos trémulas, estrujaban un apretado ramillete de rosas amarillas. Patética, silenció a la noche y una emoción reverencial nos sumió en su mundo. Con la misma voz y entonación con las que acostumbraba a dar inicio a sus historias de mi infancia, habló: “El cuento de esta noche será breve y se refiere a mi viaje sin regreso”, partiré sola, nadie puede acompañarme y esta separación

no debe causar ni desgarros ni congojas, pues sólo es temporal. En el camino iré sembrando los pétalos de estas rosas amarillas que ven en mis manos. Ellas les indicará el camino que los conducirá a mí, en el momento que Dios lo determine”.

Abandonó el salón leve, como una visión iluminada en medio del silencio respetuoso, mezclado de estupor y conmoción de todos que tanto la amábamos. Comprendimos que era su cuento del Adiós. Murió al amanecer, tenía una dulce y tranquila expresión. Vestida aún con el alucinante traje de reina-maga mantenía en sus manos las rosas amarillas que deshojaría a lo largo de su viaje. A mí me asiste el consuelo tranquilizador que llegada mi hora, emprenderé su mismo viaje y los abandonados pétalos amarillos en la ruta, me guiarán hacia donde ella me espera.

Por qué, si yo siempre creí en sus maravillosos cuentos, no voy a creer entonces en el último y más prometedor que nos contó?